

Siervo de Dios

HNO. BONIFACIO BONILLO, O.H.

Hermano, por amor de Dios



Hno. José Ramón Pérez Acosta, O.H.

1899 - 1978



Siervo de Dios
HNO. BONIFACIO BONILLO
Hermano, por amor de Dios

1899 - 1978

Introducción

Pidiendo limosna para los pobres, hizo presente a Cristo

A 165 kilómetros de Madrid está la ciudad de Cuenca, donde en el pueblo de Cañaveruelas, distante de Cuenca 73 km., va a iniciarse la historia que contamos. Le viene su nombre de la abundancia de cañaverales que había en el río Garibay. El nombre árabe de este río es sinónimo de “las jaras.” Desde siempre han cultivado cereales y, hoy incluso, girasoles. Sus habitantes aman las costumbres y tradiciones religiosas, así como tienen arraigado el culto a los muertos.

Su pueblo y su familia

En este lugar, en la casa número 4 de la calle El Mesón, y del matrimonio formado por Manuel Bo-



Cañaveruelas, el pueblo natal del Siervo de Dios.



Pila bautismal donde bautizó al Hno. Bonifacio el 17 de mayo de 1899.

nillo e Higinia Fernández, nace Bonifacio a la una de la noche del 14 de mayo de 1899. Es bautizado tres días después, según consta en el libro parroquial de Ntra. Sra. de la Paz. De pequeño se enfermó, y, según contaba él, su madre lo ofreció a la Virgen con tal que sanara. Es

la alegría de la humilde familia, que cuenta con una única hija, Juana, de siete años de edad. No llegó a conocer a su otra hermana, Fernanda, que murió a temprana edad. Sólo disponían de un pequeño



La casa donde nació el Siervo de Dios.

huerto, de donde la familia a duras penas podía vivir con lo básico, siendo fuente de sustento más que de ingresos.

Bonifacio crece sano, inquieto y alegre, siempre dispuesto a ayudar a los demás. Realiza su primera comunión el día de Corpus de 1908. Su niñez transcurre tranquila, hasta que fallece su padre, el 7 de enero de 1909, siendo el único varón de la familia, por lo que tendrá que afrontar los estudios e intercalarlos con la labranza del huerto. Tiene ya diez años y se relaciona con varios amigos de su pueblo, que disfrutaban juntos de una sana amistad. Juliana Alcañíz, que “fue vecina de toda la vida”, dice que cuando alguien necesitaba los servicios de Bonifacio, iba con presteza. También ayudará en la fragua de su cuñado, haciendo su trabajo de herrería, incluso desplazándose a Madrid para traer repuestos.



Iglesia Parroquial de Cañaveruelas.

A los 22 años, siente su corazón enamorado por una bella joven del pueblo, Lorenza, con la que estará de novio dos años, pero que ante las dificultades económicas con las que vislumbraba el futuro, no tenía claro continuar su relación con ella.

Permanecerá en el pueblo hasta 1923, se libra del servicio a la patria, al ser hijo de viuda. Con varios amigos de la localidad acepta irse a otro pueblo, Arganda del Rey, donde les ofrecen trabajo para la vendimia. Pero estos trabajos también tienen su fin. Y con Félix, un amigo del grupo, marchan a Madrid con resultado infructuoso, y luego a Zaragoza donde tampoco le resulta fácil encontrar trabajo. Finalmente dice a su amigo Félix: *“Me voy a Barcelona a encontrar trabajo, o hago suerte o desgracia”*. Su amigo se queda con la familia, esta vez no irá con él.



Interior de la iglesia Nuestra Señora de la Paz.

EL ASILO DE LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN

Este Asilo de la Inmaculada se crea el 26.02.1882 y se inaugura en 1908. En los inicios cuenta con tres Hermanos de San Juan de Dios, seis niños enfermos y muy reducido número de colaboradores. Aquí llegará a ser contratado el buen Bonifacio. Los niños acogidos, que llegaron a ser 250, tenían estas patologías: inválidos, tiñosos, ciegos, raquíticos, adenopatías tuberculosas. Edades de 5 a 16 años. Se buscó para ellos la balneoterapia marítima, el año 1924, en el Sanatorio de Calafell en la Provincia de Tarragona. Las Constituciones de la Orden indican que “todos y cada uno de los enfermos y pobres que se recibían en nuestros hospitales y asilos, se acogerán con gran caridad y benignidad, sin distinción”. Este es el ambiente que encontrará Bonifacio, percibe el espíritu que anima a los Hermanos, que sobresale por su amor a los pobres y necesitados y por su preocupación por la vida espiritual de los niños enfermos.

Estando en Barcelona, ya sin esperanza de trabajo, leyendo el periódico encuentra que los Hermanos de San Juan de Dios del asilo de la Inmaculada, necesitan una persona para el puesto de recadero, y allí se dirige cuando le conceden la plaza anunciada. Escribe a su madre y hermana, y les cuenta lo que ha encontrado. Igualmente, a su amigo Félix. Pasados unos meses les hace saber que se ha sentido llamado por la vida de los Hermanos de San Juan de Dios y que pide su ingreso en la Orden Hospitalaria. Serán entonces los Hermanos Hospitalarios los que solicitarán informes al Ayuntamiento de Cañaveruelas.

En el pueblo está de alcalde Jorge Baquero, padre de su exnovia, y se niega a facilitar informe alguno, pero los concejales no están de acuerdo, porque saben que Bonifacio era la mejor persona de Cañaveruelas, y no quieren que ser ingratos con él, y envían el certificado de buena conducta pedido. Lo que bastará para que los Hermanos le acepten e ingrese con ellos meses después.

CÓMO SE ENCONTRABA ESPAÑA

Desde los primeros años, cuando nació Bonifacio en 1899, reina en España era Dña. M^a Cristina, segunda esposa del rey Alfonso XII, perdiendo en aquellos años el inmenso imperio español de Cuba, Puerto Rico, Filipinas. Hay dos grandes fuerzas políticas que dominan en España, los partidos conservador y liberal. Se suceden las crisis de gobierno, con el constante cambio de ministros y las divergencias entre los mismos partidos. Económicamente hay un crecimiento, la iluminación eléctrica sustituye al gas en las ciudades, la revolución en los transportes, la industria automovilística, y la industria química y de armamento. La industria textil y la agricultura tienen también su desarrollo.

En España hay cerca de diecinueve millones de habitantes en el año 1900, al nacer el Hno. Bonifacio. Ya sabemos que tiene una infancia pobre, pero sencilla y alegre. Y al ir creciendo su nivel cultural, por su gran inteligencia y la capacidad innata que poseía para las relaciones sociales.

Estamos a las puertas de entrar en la gran obra de los Hermanos de San Juan de Dios. Pero, ¿quién fue este Santo que tanto le venía resonando desde su estancia en Cataluña?

LA INFLUENCIA DE SAN JUAN DE DIOS

Joao Cidade Duarte, nace en Montemor o Novo (Portugal), el año 1495. Hijo de padres cristianos, a los ocho años va de su casa a Oropesa (Toledo) y se queda allí con la familia de Francisco Gil (Mayoral), encargado del rebaño y los campos de D. Francisco Álvarez de Toledo. Aquí permanecerá unos veinte años, dedicado a cuidar el ganado como pastor. Pasado un tiempo, considerándole bueno, quieren casarle con la hija del Mayoral, pero se alista como soldado para luchar contra los franceses, por lo que viaja a Fuenterrabía. Continuará hasta Pavía, al servicio del emperador Carlos V, y luego a la defensa de Viena, con los ejércitos de D. Juan de Austria, para defenderla de los turcos. Reconfortado, pero también cansado, regresará a España por La Coruña y, de allí, a su casa en Portugal, pero le apena saber de la muerte de su madre y que su padre ingresa en un convento franciscano y muere santamente. Regresa a España dirigiéndose a Sevilla, donde sigue de pastor y de aquí decide cruzar el estrecho de Gibraltar para pasar a Ceuta, en el norte de África y se establece como albañil.

De nuevo regresa a España, pasando por Gibraltar, donde vende libros religiosos, profanos, de romances. Estamos en 1538. Lo hace por otros pue-

blos, hasta que cargado de libros se dirige a Gaucín (Málaga). Aquí se produce el encuentro del Santo con el Niño Jesús, que al verlo malvestido y descalzo, lo pone sobre sus hombros y al llegar a una fuente e ir a dar de beber al niño sediento, oye su voz, al mirar hacia atrás para ofrecerle el agua, le encuentra radiante con una granada en la mano, y diciéndole: *“Juan de Dios, Granada será tu cruz.”* Y desapareció. Así lo ha transmitido la tradición, el caso es que se encamina a Granada, y Dios dirá.

Llegado a la ciudad, a la entrada, en la calle Elvira, cerca de la puerta del mismo nombre, comienza a vender libros. El 20 de enero de 1539, Juan de Ávila predica en la ermita de los Mártires y Juan Ciudad se acerca para oírle. “En oyéndole, se conmueve, sale afuera pidiendo perdón de sus pecados, y dando gritos de: “Misericordia, misericordia...” Regresa a la tienda, donde distribuye los libros piadosos y destroza los profanos, repartiendo el dinero que tiene.

La locura del Santo

Le toman por loco, es internado en el Hospital Real, donde recibe malos tratos, lo que se acostumbraba en la época, y comienza a interesarse por los demás. Fraguará aquí la aventura de su vida: *“¡Quién me diera tener un día un hospital donde pudiera atender a estos enfermos como se merecen!”*. Pasado algún tiempo, sale y se marcha a Baeza, donde el Padre Juan de Ávila le da consejos y le anima a ir en peregrinación al Monasterio de Guadalupe. Allí, la Virgen será su valedora, encontrará ayuda y aprendizaje en el hospital del monasterio, adquiriendo los conocimientos necesarios para su futura misión.

Regresa a Granada, se siente ya preparado para volcarse en ayuda de los pobres y enfermos que encuentra por las calles, los atenderá de día y saldrá hasta de noche a pedir limosna: *“Hermanos, hagan el bien para sí mismos, dando limosnas para los pobres.”*

Al principio comenzó solo en su hospital. Dice de él el Maestro Castro, su primer y mejor biógrafo: *“Después que habían comido y rezado por los bienhechores, él sólo lavaba los platos y escudillas, fregaba las ollas y barría y limpiaba la casa, y traía agua con dos cántaros desde la fuente, con gran trabajo, porque como era reciente la memoria de entender que había sido considerado loco, y lo veían tan mal tratado, no quería llegar a su compañía para ayudarlo; y así llevaba el trabajo a sus solas, hasta que fueron conociendo lo que era.”*

Luego, alguno de los convalecientes le ayudaban en estos menesteres, hasta que se le unieron los primeros discípulos. Pedía limosna en el silencio de la noche. Cogía dos ollas, atadas con un cordel, y se las colgaba en un brazo y sobre sus espaldas llevaba una gran espuerta y así recorría las calles granadinas. Igualmente le encontraban echándose al hombro a los pobres y enfermos que se encontraba. (¡Qué procesión nocturna la que se contemplaba desde el cielo!).

Yendo el Santo por Córdoba, cuando caminaba tras el Maestro Ávila, dice que *“cuando estuve en Córdoba, andando por la ciudad, encontré a unos pobres que tan mal cuidados los vi, que me quebraron el corazón y los socorrí como pude.”*

Siempre vivió arrodillado, alzando al caído y curando al más necesitado. En Granada, en el mes de julio de 1549, hubo un incendio en el Hospital Real, conociendo la noticia se acercó al lugar y al escuchar el grito de los enfermos, se lanzó a salvarlos a todos. Cuantos le ven ya no se acuerdan del loco, ahora le aclaman como santo.

En una ocasión tratando de salvar a un niño que se ahogaba en el río Genil, contrae una pulmonía que le lleva a postrarse en cama en su hospital. Es llevado a la casa de la Pisa, perteneciente a unos benefactores, pues se encontraba en mal estado, allí permanecerá diez días. Es encontrado al anochecer arrodillado en su habitación, abrazado al crucifijo, y con la mirada fija en el cielo. Piensan que está en oración. Pero su corazón enamorado de Dios ha sido arrebatado.

El 8 de marzo de 1550 será para siempre el día que la misericordia entró en el cielo vestida de Juan de Dios. No era extraño. Así había vivido: postrado y alzando en brazos a los cristos vivos que encontró en vida. A su fama de santo hoy, todavía muchos siguen su camino de hospitalidad por todo el mundo.



El Hno. Bonifacio Bonillo.

BONIFACIO PIDE INGRESAR EN LA ORDEN HOSPITALARIA

Llega el 12 de agosto de 1924 a la estación de Ciempozuelos, en la Provincia de Madrid, y camino de la estación arriba, llamará al Sanatorio Psiquiátrico San José, de los Hermanos de San Juan de Dios, donde entra seguro de iniciar la aventura de su vida. Y comienza aquí su etapa formativa. En la oración encuentra la fuerza para no desistir ni echar la mirada atrás a lo que ha dejado: madre, hermana, novia, amigos, pueblo, pero reconfortado ya con la diaria eucaristía, el rezo del rosario, y la meditación de la palabra de Dios, la devoción mariana y una vida sacramental en condiciones, va poco a poco dando pasos firmes, ayudado del ambiente de cercanía y confianza que encuentra entre sus compañeros y en los Hermanos.

La asistencia a los enfermos constituye, desde el primer momento, el carisma propio al que va a destinar sus servicios directos y sus tiempos formativos con las clases apropiadas de cultura general y acerca de los fundamentos de la Orden Hospitalaria. Va a entender que, en San Juan de Dios, la caridad es la forma concreta de hospitalidad para alivio de los padecimientos físicos y espirituales de los enfermos, de los pobres y los necesitados. Los formandos tendrán al santo fundador de la Orden Hospitalaria como un espejo, para hacer su mejor seguimiento y su identificación con Cristo.

Concluido el tiempo de postulantado, pasa al noviciado en el Asilo San José de Carabanchel Alto (Madrid), el 8 de diciembre de 1924. Vestirá el hábito hospitalario, y la comunidad acogerá gozosamente a los nuevos Hermanos, dándoles el fraternal abrazo. El Hermano Bonifacio inicia el noviciado llevado de una gran vocación y no menos ilusión, requisitos que resultan imprescindibles para consagrarse a Dios. No importarán las pruebas que habrá que pasar a partir de ahora.

El conocimiento de la Regla y de las Constituciones, la progresiva maduración de sus ideales, la purificación de sus motivaciones, una esmerada práctica hospitalaria y la formación para una elección libre y responsable, facilitarán mucho que su vocación se



*Fundación San José en Carabanchel Alto (Madrid),
donde el Hno. Bonifacio comenzó su noviciado en 1924.*

clarifique y le ayude a prepararse para ofrecerse al Señor y a la Iglesia, mediante la profesión religiosa.

De novicio ya era importante ejercitarse en el espíritu de sacrificio y de penitencia, para lo que les recordaban que San Juan de Dios decía a este respecto: *“No hay contemplación más alta, que la pasión de Cristo; así como que “no encuentro mejor remedio y aliento que mirar a Jesús crucificado”.* De esta manera, en la espiritualidad del amor misericordioso, se inspiraba su mayor amor al necesitado y a los niños pobres.

Y para la devoción mariana, se le ofrecía la imitación de las virtudes de la Virgen, que ya desde pequeño le inculcó su madre, así como el rezo diario del rosario que, también a imitación de San Juan de Dios, escribía: *“Os digo que me he hallado muy bien con el rezo del rosario, espero en Dios que lo rezaré siempre que pueda y Dios quiera”.* El Hno. Bonifacio aprendió a ejercitarse en las virtudes propias correspondientes a los votos religiosos que iba a profesar. Por eso, el lema de su vida fue aprender a vivir sencillamente, pobremente y laboriosamente.

Consejos para empezar

“Voy vestido como debo ir, porque yo soy un pobre mendigo”, diría luego a los cordobeses que le preguntaban por qué no cambiaba su hábito viejo y sus gastados zapatos”. Si la caridad fue el voto más enseñado en el noviciado, Bonifacio aprenderá lo que decía San Juan de Dios: *“La caridad es la madre de todas las virtudes”,* y lo que exhortaba a los que la practicasen, porque *“donde no hay caridad no está*

Dios, aunque Dios en todo lugar está”. Así también aprenderá lo que ya expresaba el Santo de la Caridad a un joven que quería imitarle y seguirle:

Para más seguridad, antes de venir acá (a su hospital), será mejor que paséis algunos días de estrechez, dedicados a sujetarse a trabajos y días de mucho padecer, empleados en hacer todo el bien que se pueda. Más, por otro lado, me parece que si os habéis de perder, es mejor que no vengáis. Pero en esto, Dios sabe lo mejor y la verdad.

Me parece que andáis como piedra movediza y como barco sin remo, por ello, será conveniente que comencéis a rasgar un poco vuestras carnes, a sufrir un poco en trabajos por amor de Dios, dándole gracias por el bien y por el mal.

Acordáos de nuestro Señor Jesucristo y su bendita pasión que volvió, por el mal que le hacían, bien. Así habéis de hacer vos, cuando vengáis a la casa de Dios.

Si acá venís, habéis de sufrir mucho, todo esto por amor de Dios y habéis de obedecer mucho y trabajar mucho más de lo que habéis trabajado y desvelaros en curar a los pobres y enfermos, y todo por amor de Dios.

Pensad que ya va siendo hora que os dediquéis a tomar estado. Ya sabéis que aquí tenéis la puerta abierta, y me agradaría veros venir muy mejorado, como a hijo y hermano. Mas acordáos que si venís, habéis de venir de verdad, para ofrecer algún fruto a Dios, trabajando de verdad, no para pasar el tiempo, pues al hijo más querido se le dan mayores trabajos.

Ahora, haced lo que mejor os parezca, porque no sé si el Señor será servido que vengáis a esta casa tan pronto como deseamos, o si os quiere que sufráis por ahí. Haced lo que Dios os inspire y veáis qué ha de ser mejor servicio.

Por ésta ya no me queda que deciros, sino que Dios os salve y guarde y os encamine a su servicio, lo mismo que todos los hombres. No ceso de rogar por vos y por todos.

Como última observación os digo: Vivid con Dios, oíd misa entera siempre, confesaos a menudo, si es posible, y no durmáis en pecado mortal ninguna noche.

Amad a nuestro Señor Jesucristo sobre todas las cosas del mundo, que por mucho que vos le améis, mucho más os ama Él. Ahora quedáos con Dios, y andad con Él.

Alentado el Hno. Bonifacio con estos deseos, se fortalece su ánimo y pone su mirada y su corazón en sólo Dios: *"Sólo quiero encontrar y seguir la voluntad de Dios"*.

LA PROFESIÓN DE LOS VOTOS

Acabado el tiempo de noviciado, hace la profesión de votos temporales el día 3 de junio de 1926, en la iglesia del Asilo San José de Carabanchel Alto, de la capital de España. A la iglesia han venido sus familiares y también una representación de los niños y jóvenes epilépticos que están atendidos en el centro, que son más de cien. En el momento fijado de la misa, realiza los votos temporales de pobreza, castidad, obediencia y hospitalidad, y cumplir la Regla y las Constituciones de la Orden Hospitalaria. Emite la profesión por tres años, donde se puso a disposición de lo que le encomendasen los superiores.

Y vuelve a Ciempozuelos, donde durante seis meses se dedicará a trabajar directamente con los enfermos mentales, como el resto de los Hermanos.



Comunidad de Ciempozuelos 1925.

Por su carácter y dotes para el trato con los demás, y por las necesidades de bienes materiales que tenían los centros, es dispensado de las etapas de formación posteriores y es designado para hacer el oficio de limosnero, lo que hará en el asilo San Juan de Dios de Santurce (Bilbao), desde el 20 de diciembre del año 1926, hasta el 15 de octubre de 1927, en que regresará a Madrid, donde va a continuar de limosnero en el Asilo San Rafael, para niños afectados de polio y tuberculosis óseas, hasta 1931.

EN EL ASILO SAN RAFAEL DE MADRID

La labor hospitalaria de los Hermanos del asilo San Rafael comienza en 1892 en Pinto (Madrid), siguiendo luego el año 1900 en el Paseo de las Acacias, 6. Y finalmente, en 1912 en el magnífico hospital Asilo San Rafael en los altos del Hipódromo (Chamartín), donde se encuentra hoy. A los deseos de los Hermanos de ver mejorada su acción benéfico-social, y habiendo ampliado el año 1929 el centro con otro nuevo pabellón, para lo que el superior *“contó con la valiosa colaboración de los incansables Hermanos limosneros”*, el rey D. Alfonso XIII acompañado de la reina Victoria, lo inauguran con capacidad para más de trescientos niños.

Hará la profesión solemne, en la ya para él conocida iglesia del Asilo San José de Carabanchel Alto, el 3 de junio de 1929. Definitivamente para Dios y para los pobres.

Ya llevaba dos años el Hno. Bonifacio pidiendo por sus calles: *¿Tenía hasta el Mediodía?, la calle Los Tres Peces (en el barrio de Lavapiés), tomábamos el tranvía del Hipódromo, por una perra gorda, e íbamos desde la Bombilla...”*. Más adelante, cuando le preguntaron por su salud en 1973, llegará a decir que *“anduve mal del oído, la vista y los pies, pero pronto recuperé las tres cosas. Cuando peor lo pasé de los pies fue cuando estuve de limosnero en Madrid. Había que subir muchas escaleras, porque aún no había ascensores”*.

Cuando todavía estaba en Madrid, tuvieron lugar una serie de incendios en iglesias y casas religiosas, divisándose desde las azoteas del asilo las columnas de humo. En una ocasión acudieron de noche treinta soldados del regimiento de Caballería, al mando de un teniente, que venían a defenderlo contra posibles intentos de asaltos o incendio. Los Hermanos que en estas fechas desempeñaban el empleo de li-



Profesión solemne, 3 de junio de 1929 en la iglesia de la Fundación San José en Carabanchel Alto.

mosneros, entre ellos el Hno. Bonifacio, aunque vestidos de seglar, salían todos los días, con un valor y sacrificio que les enaltece, a cobrar las suscripciones, siendo recibidos por casi todos los bienhechores con muestras de verdadera admiración y respeto, al ver su abnegada y heroica caridad, a pesar de serias dificultades y graves sobresaltos.

La historia posterior la describe así el Dr. Alvarez Sierra: *"Vinieron después los años de la República, la guerra de Liberación. Durante el tiempo de los comunistas son perseguidos los religiosos del Asilo, y éste tiene que suspender sus funciones. Entre los frailes asesinados figura el Hermano Eutimio Aramendía, que fue enfermero mayor de esta Santa Casa. El edificio sirvió para cárcel de mujeres, y luego para hospital militar"*.

Y SE ABRIÓ LA GRANADA

De 1931 a 1934 marchará destinado a Granada, donde también hará de limosnero en el Asilo San Rafael. Serán para él unos años más tranquilos, dedicado también de lleno a trabajar duro, porque la misión hospitalaria y callejera le hará emplearse por completo, quedando en el buen recuerdo su paso por Barcelona, Ciempozuelos, Santurce y Madrid.

Ahora sí que ha despejado todas sus dudas: sólo y para siempre se dedicará a la hospitalidad y, sabiendo que en la obra de Dios nunca se fracasa, lo fijará todo en trabajar mucho, buscar el reino de Dios entre los niños enfermos y pobres, y seguir identificándose con Jesús por la oración, la vida fraterna y su apostolado limosnero, como un verdadero pobre de Dios.

EL HOGAR Y CLÍNICA MÁS ACOGEDOR, CÓRDOBA

En noviembre de 1934, los Hermanos, que encuentran un espacio ideal para el futuro de la hospitalidad infantil, gestionan con dificultades su adquisición y se firman las escrituras de venta de la finca denominada "Huerta de San Pablo", a la derecha de la carretera que va de la ciudad a la sierra cordobesa, lo que sucede el 2 de enero de 1935. Se nombra el primer superior, Hno. Adrián Touceda y los Hermanos Crescencio Olivares, Juan Grande, Federico Argüello y Juan B. Velázquez.

Crean la Asociación Unión de Damas Pro-Hogar y Clínica San Rafael, para la fundación y el sostenimiento benéfico destinado a la curación de los niños lisiados pobres. Y, a pesar de las dificultades



Clínica San Rafael, Córdoba.

iniciales para poder pagar a los obreros las obras, se las ingenian para promocionar las camas solidarias. Las obras van adelante, los niños encontrarán lugar acogedor. Anima a la incipiente Comunidad la llegada, el 12 de agosto de 1935, del Hno. Bonifacio Bonillo que es acogido con satisfacción y comienza de inmediato a hacer uso de la bendita cuestación.



El Hno. Bonifacio en 1935.

DESTINADO A CÓRDOBA UN LIMOSNERO

Se inaugura oficialmente, el 20 de octubre de 1935, el Hogar-Clínica San Rafael, importante para ellos, para la Orden y también para Córdoba. Está presente el Vicario Provincial, Hno. Guillermo Llop, futuro Beato mártir, que valorará el esfuerzo de todos por poner en marcha el Hogar-Clínica. Primero

pide de puerta en puerta, se van haciendo suscripciones, pide a los comercios y tiendas porque la necesidad es grande. Y como todo es insuficiente, comienza a ir por los pueblos y cortijos de la provincia. Siempre saludará igual: *¿Hay algo para mis niños pobres?*

Parece fácil la tarea, pero al llegar a casa, cada atardecer, no logra colmar las necesidades de tantos niños. Decide visitar como limosnero otras tierras de diversas provincias, y así alargará su mano viajando por Jaén, Granada, Ciudad Real, Cáceres y Badajoz. No siempre regresa feliz, porque tras la guerra civil española eran muchas las dificultades. Cosechas escasas y mucha pobreza. Racionamiento alimenticio y sueldos bajos.



Clínica San Rafael de Córdoba en 1948, en tiempos del Hermano Bonifacio.

Poco a poco se gana la simpatía de muchas personas que reconocen su entrega por los demás. En épocas de recolección, visita todas las fincas: trigo, garbanzos, aceite, aceitunas, uvas, vino, almendras, pavos, gallos, todo viene bien. Incluso viendo la buena actitud del Hermano, le decían: *"si consigue atrapar ese animal, puede llevárselo"*. Y allá corría, con su hábito, hasta atraparlo. Y lo conseguía. No reparaba en medios.



Comunidad de Córdoba 1948.

SE LE CONOCE COMO "FRAY GARBANZO"

Los Hermanos redoblan sus esfuerzos. Cada vez se tratan a más niños con deformidades congénitas, mal de Pott, tuberculosis óseas, y toda clase de cirugía ortopédica y general.

Una vez, recabando en un cortijo la necesaria limosna, el dueño le entregó una oveja de gran tamaño y un saco de garbanzos. Igualmente se encontraba una monja que había recibido la misma caridad del dueño. Cuando se disponían a marchar, llegaron a él varios individuos armados:

- *Hombre, qué bien, tenemos aquí a un frailuco y a una monja.*

- *¡Es verdad, esto merece celebrarse con una buena comilona!*

- *Y dijo un tercero: ¡Qué buena idea has tenido!*

Retuvieron a los dos religiosos y al dueño de la finca, sacrificaron al animal completando del cortijo lo necesario y comieron a placer. Tras burlas y jergas, se dijeron: *¿por qué no nos divertimos un rato con estos dos santitos?*

Cogieron dos jumentos, y subieron en uno al Hno. Bonifacio y a la monja en el otro animal. Y les ataron los pies y manos, colocándoles sobre el vientre de los asnos. Y así, en posición ridícula, los tuvieron dando vueltas, oyendo los religiosos de todo. En una de esas vueltas, el Hno. Bonifacio reconoció a uno de los desaprensivos: era el padre de un niño,

que tiempo atrás le operaron de cierta enfermedad en el Hogar-Clínica. Entonces, dirigiéndose a él, le dijo: *"Si esto me lo hubieran hecho cuando su hijo se encontraba allí, se habría muerto de hambre: la oveja que os acabáis de comer y los garbanzos, no me los habéis quitado a mí, sino a los pobres niños enfermos que están en el Hogar-Clínica"*.

Al oír esto, cesaron las burlas, y aquel hombre dijo a los demás: *"Dadle el saco de garbanzos a 'Fray Garbanzo'"*.

Entonces los desataron y dejaron marchar. Por eso, a partir de ese momento, le comenzaron a llamar así, lo que no le molestaba. Si tenía que agradecer una limosna, escribía: *un saludo de Fray Garbanzo*. Incluso al recibir más tarde la condecoración del gobierno español y el tratamiento de Excelentísimo Sr., él contestará: *"Yo seré Fray Garbanzo hasta que me muera"*.



El Hno. Bonifacio durante la su actividad como limosnero.

EL ARTE DE SER LIMOSNERO

Sencillez, humildad, prudencia, amor al trabajo y entrega a sus semejantes, van a ser siempre su distintivo. Su aspecto bonachón, su simpatía, su habilidad para convencer a los demás, su astucia y su fe en Dios, harán de él un limosnero que jamás regresará con las manos vacías al Hogar-Clínica.

Aparte de otros bares céntricos, tomó la costumbre de frecuentar los selectos y señoriales Savarín, Ivory o el Mercantil, donde a mediodía solía sentarse en actitud de espera el Hno. Bonifacio, echando el ojo y sin consumir nada, aguardando la ocasión



El Hno. Bonifacio con dos bienhechores.

de sablear a los señoritos y labradores que podían socorrer a sus niños. A veces se le escapaban, pero él sabía dónde encontrarlos. Y allí le extendían los vales generosos para luego ir a sus cortijos o almacenes a retirar cuanto era útil para tanto niño enfermo.

Conocía bien su campo de trabajo limosnero. Se informaba de todo lo referente a los bienhechores. Si alguien vendía alguna finca o compraba algo importante, sabía decirle: *“¿Qué buena venta ha hecho, ¿por qué no me da algo para mis niños?”*. Igualmente, si tenían mejor cosecha. Y así lo hacía visitando a los toreros después de las corridas. También iba a alguien afortunado con la lotería u otra clase de juegos. Les felicitaba y luego les pedía la parte para



El Siervo de Dios espera encontrarse con sus bienhechores.

los niños. Por eso tenía un conocimiento social de los ambientes en que se movía y de los temas del campo, ya los conocía bien desde joven.

Se apuntaba a todas las cacerías que habían, porque recaudaba doblemente: obtenía venados o conejos y aligeraba las carteras del dinero que llevaban. Admitía toda clase de limosnas, incluso las más inverosímiles, que luego vendía o intercambiaba.

Nunca manifestó cansancio o desgana. Jamás rehusó armarse de una santa paciencia. Aprendió bien pidiendo, el arte de saber esperar, *“hasta que el fruto maduraba”*.

Cuando le decían que tenía tanto trabajo, respondía: *“Soy un pobre limosnero, que hago lo que debo hacer, otros están peor que yo”*. Los Hermanos de su comunidad le admiran, el Hno. Federico Argüello dirá: *“Seguro que se pasa toda la noche pensando cómo obtener mejores limosnas, pues nadie se le resiste”*. Se ayudaba de un viejo Land Rover, para poder llegar a los campos cordobeses y cargar de lo que hubiera y le dieran o le buscaran, porque él no podía irse de vacío. Por muchas razones, era claro que el Hno. Bonifacio era un buen mendigo al servicio de los necesitados.

Fue un gran samaritano del siglo XX, que formó una conciencia solidaria con los necesitados que encontraba en su camino. Y en la línea del evangelio de la misericordia, supo despertar corazones duros y alejados, haciéndoles grande el servicio a los demás desde su entrega total a Dios.

PIDIENDO “POR AMOR DE DIOS”

Le conocían en todos y cada uno de los lugares de la provincia cordobesa, pues las visitas a esos pueblos eran frecuentes, sobre todo en las épocas de recolección de los diversos productos del campo. Ni que decir tiene que también había personas que se resistían a colaborar. Pero su argucia era más fuerte.

Una ocasión, en una calle céntrica de Córdoba, paró a un señor que iba en un flamante coche y le pidió una limosna, respondiéndole no muy bien en ese momento que no tenía. Pero el Hermano se lo pensó, y le dijo: *¿A que no sabe usted en qué se parece su coche a una aceituna?*

Le digo, que no lo sé, porque el color no es el mismo.

Y replicó el Hno.: *“Pues, en que la aceituna tiene un hueso dentro, y su coche otro”*. Se rió tanto el señor, que al final le dio con generosidad.

Para amortiguar el calor del verano cordobés se hizo necesaria la colocación en la terraza-solarium de los niños, de una estructura metálica y la adquisición de un toldo. El Hno. Bonifacio comentaba con los Hermanos de la Comunidad: *¿Cuándo podremos comprar un toldo para la terraza?* Eran 80.000 pts. Para los Hnos., imposible. Pero Dios, lo puede todo. La Divina Providencia no fallará. De un festejo taurino, el empresario de la plaza de toros estaba satisfecho y le entregó de las ganancias al

governador civil una buena cantidad para entidades benéficas, y se acordaron del Hogar-Clinica, que lo dedicó a la adquisición del toldo, porque el Hno. Bonifacio se comprometió y consiguió la otra mitad del dinero que faltaba. Así se hizo, y se colocó con fiesta y alborozo de todos los niños en sus camas.

Así fortalecidos los Hnos. por la constancia y sacrificio del Hno. Bonifacio intentaban superarse cada día, y el hospital infantil seguía cumpliendo la noble misión de atender y curar a los niños enfermos. Llegan las bodas de plata del centro y la ciudad entera reconoce a los Hermanos de San Juan de Dios el bien realizado en la niñez desvalida. La caridad cordobesa, auspiciada por los Hermanos,



Terraza de la Clínica San Rafael, Córdoba.

unidos en la oración ferviente, el servicio a los niños con limitaciones físicas y el testimonio de su abnegado espíritu hospitalario, fue reconocido en los medios de comunicación. Así como revalorado el ejemplo dinamizador del Hno. Bonifacio y su limosnero oficio, por su labor incansable y admirable. Entre naranjos y olivos, crecía la caridad en la sierra de El Brillante. Con los niños más frágiles, el Hno. Bonifacio sonrío y ama.

En numerosas ocasiones se le oyó decir al salir de los dormitorios de las salas de los niños: *“Estos niños, que además de pobres, están enfermos... bendito sea Dios”*. A todos se les trataba con el mayor cariño. Pero más de una vez, cuando el enfermo era un niño, porque ya el hospital comenzó a admitir pacientes adultos, se le oía decir a sus compañeros: *“Tratad al niño X muy bien, porque es pobre”*. Así se sentía feliz, cuando les veía sonrientes, distendidos y entretenidos.

SUBASTAS DE LA CARIDAD

Sabemos que todas las navidades, por la radio era deseada su voz durante la “subasta de la caridad”, en todos los hogares cordobeses. Esto hacía que le considerasen como uno de la familia y que todos se sintiesen más unidos a los niños del Hogar y Clínica. La emisora local Radio Córdoba se ofrece con su personal a colaborar. Será el Hno. Bonifacio el que visitará tiendas y comercios. En los días navideños también permanecerá en la emisora, porque los niños quieren hablar con él por teléfono o en persona. Se hace popular la subasta y como el Hno. tenía cierta predilección por algunos animales (ovejas, cerdos, pavos, perros, palomas, perdices, y hasta algún que otro jumento), año tras año ya no hace falta que él lo pida, sino que ya lo llevan los cordobeses. Será éste uno de los atractivos de la subasta de ilusiones. Y en las emisiones le pedían al Hno. que cantara un villancico, dijese una poesía compuesta por él mismo, improvisando pareados graciosos y ocurrentes, que se pujaban y daba resultado.

Duraban los programas hasta bien entrada la noche. Y cuando se anuncia que va a cantar el Hno. Bonifacio, se suceden las llamadas ininterrumpidas, la gente llora emocionada, todos colaboran con algo. Así de sencillo. Hay que destacar que el Hno. Bonifacio sabía todo lo referente a los cordobeses, por la prodigiosa memoria que tenía y por el continuo contacto que mantenía con ellos. Para el Hermano, ése era también su campo de apostolado y su misión evangélica.

Organizó hasta tres festivales taurinos para recaudar fondos. De igual forma pone en marcha una Verbena, también en favor de los “niños acogidos”. Porque todo le parece poco.

LA POPULARIDAD DEL HNO. BONIFACIO

Pocos en Córdoba tan populares como él. Era de normal estatura, más bien alto, grueso, de compleción fuerte, con su famoso sombrero de cura, sus viejos zapatos "cansados", su cartera en mano, su enorme simpatía y una amplia sonrisa que iluminaba su rostro bonachón. Pero también su gran fe en Dios, su hacer evangélico, su oración constante, y un parecido grande que le atribuían y llamaban como otro Juan XXIII. Ya era más que conocido y reconocido en los Círculos Mercantil o de Labradores, en los bares de Savarín, Dunia o Toledo, porque en todos estos sitios limosneaba.

Es verdad que más de uno no correspondía con limosna alguna, pero otros muchos, guiados por la bondad de su corazón, le entregaban sus carteras para que tomara la cantidad de dinero que él creyera conveniente, sabiendo el destino que daba a la limosna. Entonces era comedido. Y porque pedía al que tenía y daba al que necesitaba, era admirado por todos. Si el Hno. Bonifacio hizo uso de la simpatía como estrategia para conseguir algo, porque lo que le interesaba es que la persona que diera, diera con alegría y se sintiera feliz de saber el destino de la misma buena acción.

Pedir lo hacía con gracia, pero también con delicadeza. Si acudía a cacerías o peroles, si se sentaba a esperar en la puerta de un banco, si de noche le decían que asistirían muchas personas a una función teatral o musical, sin previa invitación, allí se presen-

taba y estaba sin molestar. Y, "algo siempre caía". De hecho, tenía muchos que "le soplaban" dónde podía ir que allí había "donde rascar". Sabía cómo pedir. Y sabía siempre que pedir es dar. "Háganse bien a ustedes mismos, dando para los pobres".

Enterado que había tenido -el famoso diestro de Palma del Río, Manuel Benítez Pérez, "El Cordobés", afamado torero como ninguno-, una fiesta para celebrar sus tiempos buenos, allá se fue, y estando entre ellos, extrañados y alegres de verle aparecer, tomó la cartera y la levantó a modo de brindis, saludando así en voz alta: "Paisanos del Cordobés, Mano-



El Hno. Bonifacio con el famoso torero El Cordobés.

lete y el Guerra, a ver si sois generosos y me soltáis bien las perras". Llovieron los aplausos y al final del "paseillo", recaudó lo suficiente para sentirse contento y volver al Hogar-Clínica feliz.

El señor Juan Muñoz Cascos, autor del libro biográfico "El hermano Bonifacio, Excelentísimo Sr. Limosnero"; realizó éste con sumo cariño a nuestro Siervo de Dios, y en el capítulo XXIV, relata que hizo una pregunta sobre el Hermano: *¿Qué opinión tiene sobre el Hno. Bonifacio?*, con estas respuestas unánimes: *Era un santo; nunca consintió tomarse nada; fue una persona que nunca quería nada para él, pero sí, todo para sus niños; jamás se quejó de nada; difícilmente la Orden Hospitalaria volverá a tener otro limosnero igual; sabía a quién tenía que pedir y cómo debía hacerlo.*

Y la respuesta de D. Juan Jurado Ruiz, virtuoso sacerdote y conocedor del Siervo de Dios desde la llegada de éste a Córdoba, fue clara y contundente: *"En el Hno. Bonifacio destaca: su amor y entrega sin*



El Hospital San Juan de Dios de Córdoba.

límite por los necesitados, hasta el punto de olvidarse de sí mismo para darse a los demás; una humildad conmovedora, no dando importancia en ningún momento al enorme mérito que su labor como limosnero tenía y su espíritu profundamente religioso, proclamado en múltiples ocasiones a través de su dilatada vida como Hermano de San Juan de Dios".

LA CRUZ DE BENEFICENCIA

Poco amigo de celebraciones y condecoraciones, la vida cotidiana del Hermano y su cercanía a los bienhechores y colaboradores eran su festín. Aquí se encontraba feliz y estaba más a gusto con la gente sencilla de los campos. El conocimiento palmo a palmo de cada uno de los pueblos y cortijos de Córdoba, le permitieron cumplir mejor su oficio limosnero, que no se limitaba a pedir sino que incluso conociendo que algún niño estaba enfermo, lo visitaba, le mostraba cariño y hacía lo que podía ante la familia para que ingresara en el Hogar Clínica San Rafael, que por esto era más admirado y respetado por todos. Así cumplía su lema: ser sencillo, pobre y laborioso. Y siendo el último y servidor de todos. Sabiendo que el que trabaja para los pobres, lo hace para Dios.

Cuando ya llevaba casi cuarenta años recorriendo las calles de la ciudad y los campos y pueblos de Córdoba, pies cansados y manos abiertas de tanto pedir, alguien se acuerda de hacerle un homenaje al reconocido "mendigo de Córdoba", porque aunque

su trabajo es humilde y sacrificado, no pasa desapercibido sino que está en la boca de todos y quieren premiar tanto amor y caridad desinteresados por los más pobres.

Así las autoridades cordobesas, haciéndose eco del sentir popular, solicitan del Gobierno Español le sea concedida la Cruz de Beneficencia, algo que sólo se da a las personas que han hecho mucho bien a sus semejantes y que son un ejemplo vivo para los demás. Con la que de este modo el Gobierno reconoce públicamente sus méritos y le da gracias en nombre de todo el pueblo español.

Este reconocimiento tuvo lugar el mes de abril de 1972 y fijan el acto de imposición para el 10 de diciembre del mismo año. Llegado el día, se dio comienzo al acto con una misa concelebrada por



Condecoración del Hno. Bonifacio con la Gran Cruz de Beneficencia, 10 de diciembre de 1972.

doce sacerdotes, en la que el obispo de la diócesis de Córdoba, Mons. Cirarda, fue el celebrante principal y pronunció una homilía llena de afecto al Hno. Bonifacio. Acaba la eucaristía y en los exteriores ya se habían congregado más de dos mil personas.

El exalcalde de Córdoba destacó en sus palabras la figura del Hermano: *"Al rubor de pedir suyo, ha acompañado siempre el gozo de dar nuestro"*.

El Dr. Calzadilla, director médico del Hogar Clínica desde los principios, en 1935, hizo una breve semblanza de la historia del centro desde su fundación.

El P. Jacinto del Cerro, de la O.H., recitó una bella poesía, seguida de unas palabras del superior Hno.



El Hno. Bonifacio en compañía del obispo Cirarda de Córdoba.

Antonio Barreno, destacando la entrega del Hermano.

Tras leerse la orden de concesión de la Gran Cruz Beneficencia, el Gobernador Civil, D. Manuel Hernández, pronunció unas emotivas palabras: *“Al cariño de Córdoba al Hno. Bonifacio, el Gobierno acude respaldándolo con merecimiento y gratitud”*. El Hno. Provincial, Sebastián Fernández, agradece la distinción hecha a un miembro digno de la Orden Hospitalaria.

Concluyó emocionado el Hermano Bonifacio agradeciendo al Gobierno y a todos los presentes la asistencia a este acto y a la placa colocada *“como justo homenaje y fraternal afecto por su infatigable caridad y entrega en bien de los necesitados”*.

Hay que decir que, a su vez, durante las semanas anteriores fueron llegando donativos de bienhechores, grandes y pequeños, para que el humilde limosnero sintiese el “sonoro” obsequio para las necesidades de los niños del centro. Sabemos que más adelante, ante el aviso al Hno. Provincial de un Hno. de su comunidad, de que el Hno. Bonifacio estaba dispuesto a “sacrificar el medallón” para los pobres, indicó que en virtud de santa obediencia se custodiase debidamente.

SENTIR LA VOCACIÓN HOSPITALARIA

Cuando fue ya mayor, había un Hno. que era enfermero dentro de la comunidad. Como el Hno. Bonifacio era grueso y tenía problemas en los pies, dicho Hno. le ayudaba en algunas ocasiones, a asearse y ponerse los zapatos. El caso es que el Hno. abandonó su vocación religiosa, por una mujer que le propuso casarse. Cuando se despidió del bueno de Bonifacio, éste, con tristeza, y lágrimas en los ojos, le dijo: *“Es lamentable que hagas esto con tu vocación religiosa. A mí, estando en Madrid, como limosnero, también me hicieron proposiciones de este mismo estilo y, sin embargo, nunca me pasó por la imaginación hacer esto. Más si Dios así lo quiere, loado sea”*. Tardó mucho tiempo en olvidar esta pérdida de vocación.

Pero el Hno. Bonifacio no sólo dio muestras de su inquebrantable vocación, sino que se preocupó también de captar vocaciones para la formación de nuevos sacerdotes y religiosos.

El Hno. Félix Quintas, que estuvo dos años conviviendo de comunidad con él en Córdoba, nos dice *“que cuando regresaba después del mediodía de pedir limosna de puerta en puerta, comía con la comunidad o en segunda mesa, y descansaba un poco. Luego, se quitaba los zapatos y se iba a las Salas a limpiar los orinales de los niños. Esto lo hacía diariamente, como un obligado servicio hospitalario que se había impuesto, siempre cercano a los niños, con los que com-*

partía anécdotas y chascarrillos y siendo un catequista sencillo, pero cercano y muy humano”.

Siempre al regresar a casa de la limosna, le gustaba pasarse por la sala de los niños, y si veía alguno triste le preguntaba: *“¿Por qué estás triste? Yo nunca lo estoy, porque antes que me llegue ese momento, me cuento un chiste y me río”.* Y la sonrisa florecía de nuevo en el niño encamado. Un beso en la frente y le decía: *“Rézale al Niño Jesús, para que esté siempre contigo”.* Porque aprovechaba siempre la ocasión para hacer una referencia al cielo.

LAS BODAS DE ORO DEL HNO. BONIFACIO

Religioso capaz y sociable, abnegado y sencillo, a la edad de 77 años, el 24 de octubre de 1976, cumple el 50º Aniversario de Profesión Religiosa, que sus Hermanos de Comunidad y la comunidad provincial celebran junto a él. *“Le consideramos para nosotros los Hermanos de San Juan de Dios, en palabras del superior Antonio Barreno, algo más que un religioso corriente, pues es una institución al cual veneramos como una reliquia viviente, de lo que fue nuestro padre San Juan de Dios”.*

Celebra la eucaristía Monseñor Cirarda, que tiene sentidas y aleccionadoras palabras para el Hno. Bonifacio y para el cordobés Hno. Antonio Manso, que cumple 25 años de profesión. Concelebran diez sacerdotes y actúa la coral de la escolanía de

nuestro Colegio Apostólico de Córdoba. Recibió la renovación de sus votos el Vicario Provincial, Fray Sebastián Fernández, asistiendo una nutrida representación de los Hermanos de la provincia Bética. La iglesia estuvo llena, como nunca, y al finalizar, recibió los obsequios de los padrinos, las comunidades representadas, el personal del Centro, y el agasajo de incontables amigos, así como el aplauso de “sus niños”; que se alegraron de ver que el “Hermano Boni” sigue todavía vivo y activo y que todos le quieren.



El Hno. Bonifacio celebra 50 años de Profesión Religiosa, 1976.

DESAFORTUNADA CAÍDA Y LLEGADA A LA META

Estamos en 1978. El 20 de mayo, un día más como otros, se dispone a salir. Realiza el aseo matutino y la ayuda del Hno. Angel Fonseca, que el Superior le ha puesto, porque con setenta y nueve años y su cuerpo gastado del duro quehacer, aconsejan dicha atención. Estando en la ducha, mientras el Hno. Ángel va a por la toalla que no estaba en su sitio, oye un gran golpe que viene del cuarto de baño. Regresa rápido y tiene que pedir el apoyo de otros dos Hermanos. Le incorporan y comprueban el fuerte dolor que siente en el hombro derecho. Le vendan en el botiquín y en Rayos X le confirman el resultado: fractura del cuello del húmero. Y le colocan la escayola.

Se empeña en salir a cumplir su oficio de limosnero. Y el chófer Pedro, que no le ve en buen estado le desaconseja, pero él contesta: *"Yo tengo que pedir todos los días, que es lo que hace un pobre".* Acaso entendemos así mejor por qué le decía a los que estaban escayolándole el brazo: *"Dejadme la mano libre para pedir";* y también, *"menos mal que yo con mi pico, tengo bastante".*

Los Hermanos dicen de él que nunca se quejaba y pacientemente les decía: *"estoy perdiendo el tiempo, lo que tengo que hacer es trabajar";* y, *"lo que me como, no me lo merezco".* Al mes, ya estaba de nuevo en la calle, pero esta vez ve que ya no es igual como se encuentra. Y regresando a casa, porque no le ven bien, le suben a la planta y le meten en cama. Los médicos que le asisten son claros en el diagnóstico: es trombosis cerebral. Pero también se recupera, dada su fortaleza.

Intentará a los pocos días seguir pidiendo para sus niños, usando ahora del teléfono. Muchos bienhechores se interesan por él, y le dejan su donativo, que, a su vez, él entregará al superior. No obstante, se va apagando lentamente. En momentos de lucidez, dice: *"Anoche creí me estaba muriendo, pero sentía tanta suavidad y paz, que no dudo que el Señor me prepara un feliz tránsito hacia Él".* Entra en coma, pero recobra la conciencia. Y todavía puede decir al Hermano Ángel: *"Si no somos hombres de oración, nuestra vida se va a pique",* lo que había dicho en vida muchas veces. *"Ya he cumplido con mi misión, que Dios me llame cuando quiera".*

CON DESTINO AL CIELO

Hacia las 15.10 horas, del 11 de septiembre de 1978, el Hno. Bonifacio Bonillo muere serenamente, en el Hospital San Juan de Dios de Córdoba. La noticia se multiplica por la ciudad. La comunidad y los niños, también le lloran y rezan. Ya no pedirá limosna. Las emisoras, los periódicos, los bienhechores, todos los cordobeses desfilan ante el cadáver del Hno., colocado en el centro de la iglesia. Han venido Hermanos de todas las casas de Andalucía y Madrid. El Obispo Infantes Florido, preside la eucaristía y dice en la homilía: *"Fue un hombre sencillo que ofreció su vida, su buen humor y su sonrisa como testimonio de entrega a los demás. No excluía a nadie ni distinguía a personas según su clase social. Para él, todos eran iguales y a todos tendía la mano pidiendo para sus niños".*

Concluida la misma, trasladan sus restos mortales al cementerio de San Rafael de la capital cordobesa,

depositándose en el panteón de los Hermanos de San Juan de Dios, en el patio principal del mismo. Y desde el cielo llegan las alentadoras palabras de Jesús: "Ven, bendito de mi Padre, porque tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber, estuve enfermo y me visitaste".



Tumba de los Religiosos donde fue enterrado el Siervo de Dios.

VUELVE DE NUEVO A SU HOSPITAL

Tras su muerte, la fama de santidad del Hermano Bonifacio ha continuado creciendo, como también la Obra Social Hno. Bonifacio ha seguido realizando su misión de servicio a la población más necesitada de Córdoba. Esta última experimenta cada año un mayor desarrollo debido a las difíciles circunstancias por las que atraviesan muchas familias que carecen de lo más elemental para vivir. Mientras haya una persona que lo está pasando mal, los Hermanos de San Juan de Dios, fieles seguidores del Santo de la Caridad y continuadores comprometidos con los que siempre el Hno. Bonifacio quiso llegar más allá de lo imposible, mantienen activo el economato social, con el espíritu solidario y generoso de todos los cordobeses que acogen la llamada de la caridad.



Traslación de restos mortales del Hno. Bonifacio con motivo del centenario de su nacimiento, 1899-1999.

El año 1999, al cumplirse los cien años del nacimiento del querido Hermano Bonifacio, tras los permisos pertinentes, deciden exhumar los restos que fueron depositados en el cementerio de San Rafael tras su fallecimiento. Son traídos en el mes de marzo del año 1999, realizándose un detenido estudio anatomopatológico del cuerpo difunto, siendo analizados y conservados debidamente para depositarlos en la capilla del Hospital San Juan de Dios, donde esperan la resurrección y su deseada glorificación. Desde entonces son muchas las personas que acuden a rezarle y que le piden sus favores y gracias, no sólo los enfermos y familiares de los mismos que les acompañan, sino muchos a los que el nombre y la vida y hechos del Hno. Bonifacio Bonillo les sigue sonando a misericordia, a bondad y a cielo.

Nuestro Hermano Bonifacio sigue esperando que, al visitarle y rezarle, nos acordemos de los pobres y los que sufren, sobre todo si son niños, para los que siempre lo hizo todo por amor de Dios.



Tumba del Siervo de Dios en la Iglesia del Hospital San Juan de Dios de Córdoba, después del traslado en 1999.

LA CARTA DEL OBISPO CIRARDA

Siendo obispo en Córdoba Mons. Cirarda, el año 1972 asiste al Hogar-Clínica San Rafael al acto de entrega al Hno. Bonifacio de la Gran Cruz de Beneficencia, teniendo momentos verdaderamente cordiales y fraternos de cercanía junto al Hno. Bonifacio Bonillo. Invitado posteriormente a participar en el acto de homenaje al Hno. Bonifacio con ocasión del Centenario de su nacimiento, el año 1999, se excusa lamentando mucho no poder estar presente debido a otros compromisos, pero escribe al superior del Hospital San Juan de Dios cordobés una hermosa carta (Vitoria, 02.05.1999), de la que destacamos lo siguiente:

“Mucho he agradecido su atención de invitarme al homenaje que Córdoba quiere dedicar al querido Hno. Bonifacio el próximo 20 de mayo.

Tengo gratísimos recuerdos de la bondad de dicho Hermano Bonifacio. Traté mucho con él en los días, lejanos ya, de mi servicio episcopal en esa Iglesia de Córdoba, inolvidable para mí. Y recuerdo con emoción las muchas virtudes del citado Hermano, el amor con que atendía a los enfermos, especialmente a los niños, y el coraje con que se atrevía a todo por servirles, más allá de lo que una prudencia humana pudiera aconsejar. Su espíritu me pareció siempre “un doble”, como se dice en vocabulario propio del cine, del espíritu de San Juan de Dios, cuya vida y ejemplos le habían seducido para imitar a Cristo, siguiendo las huellas de aquel “loco de amor”, que asombró a Granada.

Honrando al Hermano Bonifacio, Córdoba se honra a sí misma, cumpliendo un deber de gratitud a tan buen servidor de Dios y de los pobres como fue durante largos años ese otro “loco de amor” que fue dicho Hermano en Córdoba, durante largas décadas.

Me hubiera gustado estar con ustedes el próximo día 20, correspondiendo al honor que me han hecho invitándome. Pero no puedo. Jubilado estoy y con muchos años. Pero tengo buena salud y me muevo mucho por constantes compromisos apostólicos. Como le he dicho por teléfono, tengo ocupado todo el mes de mayo con trabajos pastorales en Cataluña, en Navarra y en Vitoria.

Me uno espiritualmente a ustedes en el recuerdo del Hno. Bonifacio. Y le agradeceré que, si le parece bien, haga constar en un momento oportuno mi identificación con todos los cordobeses en el justo homenaje que van a rendirle.

Un saludo y una bendición para todos los Hermanos.”

✠ JOSÉ M. CIRARDA

Por la bondad de su contenido, traemos aquí también a Monseñor Cirarda, a quien el autor del libro “Excelentísimo Señor Limosnero”, D. Juan Muñoz Cascos, le envió el libro, contestándole desde Pamplona, el 4 de marzo de 1985:

Mi querido amigo: Se ha honrado usted honrando al Excmo. Señor Limosnero que fue el Hermano Bonifacio, dedicándole un libro extenso, bien documentado, y que me parece acierta a recoger el espíritu de aquel hombre

de Dios, bienhechor insigne de Córdoba, nacido en Castilla la Nueva, pero cordobés de corazón desde que llegó a esa ciudad califal.

Le conocí de cerca en mis años como Obispo de Córdoba. Traté mucho con él. Admiré sus grandes virtudes humanas y religiosas. Testigo soy de cómo se desvivió siempre para que el benemérito Hogar y Clínica de San Juan de Dios alcanzara las cimas de perfección en sus servicios, que le caracterizan. Por ello, me fue gratísimo poder tomar parte en dos ocasiones distintas en sendos homenajes que se le rindieron en mis días cordobeses.

He leído con interés la obra que usted le dedica. Espero sirva para dos cosas:

- *Para que no se olvide la figura de aquel hombre bueno, con temple recio de santo, en que el injerto de su cepa conquesa en el añoso Córdoba dio frutos de caridad y de justicia social ejemplares; y*
- *Para que el recuerdo de su figura sea estímulo para que su obra permanezca porque no falten cordobeses generosos que siguen adelante por el camino que el roturó con su entrega caritativa admirable.*

Mucho le agradezco su envío del libro, así como la cariñosa dedicatoria que ha querido ponerle.

Pido a Dios que sean muchos los cordobeses que gusten de recordar una historia bien reciente, superando esa fácil tentación de olvidar a personalidades beneméritas en que tantas veces cae nuestra debilidad y egoísmo.

Téngame siempre por afectísimo amigo. Le bendice.

✠ JOSÉ M^a CIRARDA, ARZ.

PLEGARIA DE INTERCESIÓN

Señor Jesucristo, consuelo de los débiles
y oprimidos,
que has anunciado tu Evangelio de Misericordia,
mediante el testimonio y las obras de caridad
del Hermano Bonifacio,
fiel imitador de San Juan de Dios,
haz que alcancemos por su intercesión
las gracias que te pedimos
y en particular la de...
para que siguiendo su ejemplo
te amemos sobre todas las cosas del mundo
y te sirvamos siempre
en nuestros hermanos más necesitados y enfermos.
Señor Dios nuestro, alcánzanos las gracias que te
hemos pedido
para tu mayor gloria y honor.
Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.
(Padrenuestro, Avemaría y Gloria)

ITINERARIO DEL HERMANO BONIFACIO

1. Cañaveruelas.

Bonifacio Bonillo nace el 14 de mayo de 1899. Huérfano de padre a los diez años, se ocupa de las labores de un pequeño huerto familiar y tiene que ayudar en otros trabajos del campo para cuidar de los suyos. Se muestra bondadoso y alegre con todos.

2. Barcelona.

Se libra del servicio militar y en 1923, buscando empleo y tras andar sin fortuna por Madrid y Zaragoza, llega a Barcelona y encuentra trabajo de recadero en el Asilo de la Inmaculada, que atiende a niños pobres, de los Hermanos de San Juan de Dios.

3. Ciempozuelos.

Ingresa como postulante en Ciempozuelos (Madrid), en el Sanatorio Psiquiátrico de San José, donde los Hermanos acogen y atienden a más de mil trescientos enfermos mentales. Es la prueba vocacional decisiva que superará con entusiasmo.

4. Carabanchel.

En esta localidad cercana a Madrid, hará el noviciado y la profesión simple de los votos de pobreza,

castidad, obediencia y hospitalidad. La práctica hospitalaria la realizará con un centenar de muchachos epilépticos acogidos en el Instituto de San José.

5. Santurce.

Será en Santurce (Bilbao), en el Asilo San Juan de Dios, donde comenzará el año 1926 su primer destino como limosnero hospitalario, durante diez intensos meses.

6. Madrid.

En el Asilo San Rafael, para niños afectados de polio, va a tener su trabajo más duro, como limosnero durante cuatro años (1927-31), y da muestras de su gran vocación para el servicio hospitalario, poniendo a prueba su fortaleza de ánimo y de virtud.

7. Granada.

De nuevo, en la tarea de limosnero se entregará otros cuatro años (1931-35), dedicado a la custodia y a la atención de los niños pobres y paralíticos.

8. Córdoba.

Con su llegada a Córdoba en 1935, crece el nuevo Hogar-Clínica San Rafael donde se consagrará como un humilde servidor y un abnegado limosnero durante 43 años, por la ciudad y los pueblos y sus cortijos, dando muestras de virtudes cristianas, de cercanía a las personas más necesitadas y de pasión

por conseguir lo mejor “para sus niños”, recibiendo la Gran Cruz de Beneficencia del gobierno español el año 1972. Su muerte con fama de santidad acontece el 11 de septiembre de 1978. En octubre de 2022 se inicia en Córdoba el proceso diocesano, del Siervo de Dios Bonifacio Bonillo.



Índice

Introducción	pág. 3
<i>Pidiendo limosna para los pobres, hizo presente a Cristo</i>	3
<i>Su pueblo y su familia</i>	3
El asilo de la Purísima Concepción	7
Cómo se encontraba España	8
La influencia de San Juan de Dios	9
<i>La locura del Santo.</i>	10
Bonifacio pide ingresar en la Orden Hospitalaria . . .	14
<i>Consejos para empezar</i>	16
La profesión de los votos	19
En el asilo San Rafael de Madrid	20
Y se abrió la granada.	22
El Hogar y Clínica más acogedor, Córdoba.	23
Destinado a Córdoba un limosnero	24
Se le conoce como “Fray Garbanzo”	27
El arte de ser limosnero	29
Pidiendo “por amor de Dios”.	32
Subastas de la Caridad	35
La popularidad del Hermano Bonifacio	36
La Cruz de Beneficencia	39
Sentir la vocación hospitalaria	43
Las Bodas de Oro del Hno. Bonifacio	44
Desafortunada caída y llegada a meta.	46
Con destino al cielo.	47
Vuelve de nuevo a su hospital	49
La carta del obispo Cirarda	51
Plegaria de intercesión	54
Itinerario del Hermano Bonifacio	55